

TOLEDO EN EL SIGLO XVI

DESPUÉS DEL VENCIMIENTO DE LAS COMUNIDADES

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. JERÓNIMO LÓPEZ DE AYALA Y ÁLVAREZ DE TOLEDO

CONDE DE CEDILLO

VIZCONDE DE PALAZUELOS

EL DÍA 23 DE JUNIO DE 1901



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, núm. 16 duplicado.

1901

DISCURSO

DEL ILMO SEÑOR

D. JERÓNIMO LÓPEZ DE AYALA Y ÁLVAREZ DE TOLEDO

CONDE DE CEDILLO

Un fausto acontecimiento se preparaba, análogo á otro ocurrido veinte años había: la recuperación de los restos de Santa Leocadia, patrona de Toledo, cuya vuelta á la patria anhelaban aquellos piadosos ciudadanos, como anhelaron antes la del bienaventurado Eugenio. La Santa virgen toledana padeció el martirio en su ciudad natal durante la persecución de Daciano; y sus reliquias, varias veces trasladadas, venerábanse á la sazón en la abadía benedictina de Saint-Ghislain, en Flandes. Algunas tentativas hechas anteriormente para conseguir las reliquias habían sido infructuosas, y ahora trabajaba con ardor en este sentido el Cabildo de Toledo, el cronista Esteban de Garibay y un jesuita llamado Miguel Hernández (78), favorecidos en su empeño por el Cardenal Quiroga y por el mismo Felipe II, siempre dispuesto á apoyar empresas de aquella índole. Los monjes de Saint-Ghislain resistíanse á entregar el santo cuerpo, como los de San Dionisio el del primer prelado toledano; pero al cabo se venció su resistencia, y el P. Hernández, comisionado al efecto, hizose cargo de los restos para traerlos á España. Sin separarse un punto del depósito

que se le confiara, tras largo y peligroso viaje por Flandes, Alemania é Italia, arribó por mar á Barcelona, y siguiendo su camino tierra adentro, llegó en Septiembre de 1586 al arzobispado de Toledo.

El día 26 de Abril de 1587 eligióse para la solemne entrada en la ciudad, que nuevamente se vistió de fiesta. El concurso era enorme, «vaziandose—dice un cronista—las ciudades desde Sevilla, Cordoua, Granada, Valencia, Zaragoza, Burgos y otras muchas». Desde Madrid acudieron á autorizar el acto el Rey, su hermana la Emperatriz viuda D.^a María y los príncipes D. Felipe y D.^a Isabel Clara Eugenia. Una grave procesión, en que se contaban por docenas los grandes y títulos del reino, por centenas las cruces parroquiales, cetros y pendones y por millares los eclesiásticos y seculares de todo estado y condición, bajó al santuario de Santa Leocadia, en la Vega, donde provisionalmente descansaban las reliquias. Tomadas allí por ocho dignidades, que las conducían á hombros en unas andas, encaminóse la procesión á la ciudad por la puerta de Bisagra. Las ricos paños de tapicería, los suntuosos monumentos, los magníficos arcos triunfales, estatuas, pinturas y epígrafes que poblaban la carrera, dieron mayor lucidez al acto, y las músicas y bien concertadas danzas que acompañaban á la comitiva certificaron el júbilo del pueblo al recibir el cuerpo de su insigne compatricia. Llegado éste á la plaza del Ayuntamiento, reverencióle la Real familia; el Rey Prudente, al igual que en otra semejante ocasión, tomóle sobre sus hombros ayudado por el príncipe y por los grandes y entráronle entre todos en la santa iglesia, donde fueron solemnísimas las funciones que en aquel día y el siguiente se celebraron. El Rey donó á la iglesia de Toledo los venerables despojos, quedando colocados en el Sagrario, y terminadas que fueron las solemnidades de la traslación, desde el alcázar partió el monarca para Aceca y Aranjuez (79).

(79) El deseo de los toledanos de recuperar los restos de Sta. Leocadia, su gloriosa compatriota, databa de muchos años atrás. Ya en 1500 la Reina D^a Juana, madre del Emperador, había dispuesto se enviara desde Saint-Ghislain á Toledo una reliquia de la Santa mártir. Con posterioridad, el toledano D. Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla, y el Cabildo eclesiástico gestionaron sin resultado la restitución del santo cuerpo á su patria. En tiempo de Felipe II el anhelo se hizo más general y ferviente, por temor á cualquier profanación ó ultraje de parte de los herejes flamencos. El P. Miguel Hernández, apoyado eficazmente por Alejandro Farnesio, fué el verdadero intérprete de aquel deseo y á su habilidad y perseverancia se debió el feliz resultado del negocio.

En 8 de Febrero de 1583, Hernández recibió de los monjes de Saint-Ghislain los venerables despojos y los condujo á Tournay, donde estuvieron depositados en el colegio de la Compañía hasta obtenerse un breve pontificio y una cédula de Felipe II, en que se ordenaba y aprobaba la traslación á España. En Octubre de 1585 partió el Padre de Tournay con las reliquias encerradas en un rico baúl, y tras largo viaje, abundante en trabajos y peligros (Amberes-Lovaina-Lieja-Aquisgran-Coblenza-Maguncia-Francfort-Augsburgo-Trento), llegó á Roma en 13 de Febrero de 1586. De allí salió en 20 de Mayo; embarcó en Génova, desembarcando en Barcelona, y de aquí, por Valencia y Cuenca, llegó en 12 de Septiembre á Jesús del Monte, residencia de jesuitas, junto á Loranca de Tajuña, donde permaneció el sagrado depósito hasta el 21 de Abril de 1587. En este día emprendió nuevamente el camino, y por Corpa, Valdemoro, Esquivias, Coveja y Olias, llegó á la basilica de la Vega el 25 de aquel mes, para celebrar el 26 la solemne entrada. Desde dos días antes estaban en Toledo el monarca y su familia, «con gran alegría de toda la ciudad», según el cronista Garibay.

Los preparativos eran magníficos «En esta ocasión—dice Cabrera—echó esta imperial ciudad el resto de su poder en componerse para recibir su patrona, sacando sus ciudadanos todas sus riquezas, que no era poca, y la de los mayores señores de España.» Una nutrida comisión del Cabildo, con su capilla, música y una preciosa litera, pasó á Olias para acompañar á la Santa hasta Toledo. En su iglesia de la Vega quedaron las reliquias la noche del 25, y en la mañana del 26 bajó la procesión que había de acompañarlas en la entrada. Solemnísimo fué este acompañamiento. De él formaban parte los niños de la doctrina, más de cuatrocientos pendones y cetos de las cofradías; todas las cruces parroquiales de la ciudad y su comarca; sesenta doncellas vestidas de blanco y azul, dotadas por el Cabildo; frailes y clérigos en número de más de 1.500; todos los capellanes, racioneros y canónigos; la Inquisición, la Universidad con sus ciento cuarenta maestros y doctores; la ciudad con sus jurados y regidores, y el corregidor D. Francisco de Caravajal, entre el Duque de Maqueda, alcalde mayor y D. Pedro López de Ayala, sustituto del Conde de Fuensalida, su padre, en el alguacilazgo mayor de la ciudad. En fin, acompañaban también los grandes de España en número de veintiséis, con infinito número de caballeros.

Esta comitiva salió por la puerta del Cambrón á la Vega; encaminóse con las reliquias en el mismo orden á la puerta de Bisagra y de allí, por el arrabal de Santiago, Zocodover, calle Ancha y plaza del Ayuntamiento, llegó á la puerta del Perdón, de la Catedral. Regidores, canónigos y dignidades del Cabildo alternaron en el honor de llevar hasta el templo primado las andas de la Santa. En tanto, Felipe II, la Emperatriz y los príncipes, que habían presenciado el paso de la procesión en la Vega desde las casas del Secretario Vargas, entraron en la ciudad por la puerta del Cambrón, visitaron San Juan de los Reyes y de allí subieron á aguardar en el palacio arzobispal la llegada de la comitiva. Según un testigo ocular, en el momento en que entraba la corte en la Catedral con el cuerpo de la Santa, cayó gran golpe de agua y granizo.

Aunque haya de prolongarse esta nota, mencionaré las más señaladas cosas que hubo en la carrera. Junto al templo de la Vega dispúsose una artística capilla con ciertos arcos triunfales en que se colocó el santo cuerpo. En la puerta de Bisagra lucieron los magníficos tapices de la casa de Alba y de la Catedral. En la plaza que queda dentro de dicha puerta había un gran monumento dórico consagrado á Santa Leocadia, con estatuas é inscripciones. Á la entrada de la calle de la Herrería, junto á la puerta del Rey (en la muralla vieja) destacábase un hermoso arco corintio dedicado al príncipe D. Felipe, con su inscripción alusiva. Otro arco, también corintio y muy superior al precedente, se alzó en Zocodover, exornado con estatuas, pinturas y epígrafes; éste aparecía dedicado por un haz á la Santa toledana y por la otra al Rey. Pero el arco que excedió á los demás en magnificencia y grandeza fué el erigido ante la puerta del Perdón: «magestuosa machina» y «maravilloso edificio», según dicen quienes lo vieron. Ideó este monumento el ilustre canónigo y obrero (más tarde Obispo) D. Juan Bautista Pérez; costó 7.000 ducados; decorábanle, armónicamente y ricamente, estatuas de Santos, de Reyes españoles y de Arzobispos de Toledo, pinturas varias, blasones, epígrafes griegos, latinos y castellanos, emblemas y alegorías.

Agréguese á todo esto el enorme concurso desbordándose por las calles; las ricas y variadas colgaduras, bajo las que desaparecía el viejo caserío; la suave música y concertados cánticos, en que la iglesia primada era de tiempo atrás famosa, y las honestas y regocijadas danzas al uso de la comarca, de que tanto gustaban los toledanos de antaño en sus fiestas, y se formará aproximada idea del aspecto de Toledo el día de la deseada vuelta de su patrona.

En la Catedral aguardaban á la comitiva el Cardenal Arzobispo D. Gaspar de Quiroga, rodeado de las dignidades de la iglesia. Colocadas las reliquias en un rico altar junto al mayor, donde continuaron hasta el día siguiente, adoráronlas los fieles, hubo solemne *Te Deum*, motetes y oraciones. La función religiosa más importante fué en dicho segundo día, lunes 27, en que ante Felipe II y su familia celebró el Arzobispo misa pontifical; reconocieron las reliquias y donólas el Rey solemnemente á la iglesia de Toledo, de todo lo cual se hicieron los autos y testimonios necesarios; en fin, el santo cuerpo fué llevado al Sagrario, donde debía permanecer en perpetuidad. El martes 28, el Rey, la Emperatriz, los príncipes y su séquito volvieron á la Catedral, oyendo misa cantada en la capilla Mozárabe y visitando la de Reyes nuevos y el Sagrario; por la tarde asistieron á vísperas en el monasterio de San Pedro Mártir. El miércoles 29, la Real familia partió de Toledo para dormir en Aceca.

Pocos años después (en 1592, según Pisa) las reliquias de la Santa colocáronse en una preciosa arca de plata dorada, que labró Francisco Merino, según diseño de Nicolás de Vergara, el mozo, y en ella siguen, ocupando un puesto preferente en el relicario de la Catedral.

Fiestas profanas hubo pocas con motivo de la traslación. Páreceme curioso lo que acerca del particular dice Garibay en sus *Memorias*, pág. 450: «En estas fiestas hubo luminarias en tres noches, y por mayor alegría suya quisiera la ciudad correr doce toros que días había los tenía comprados, y que hubiera juego de cañas con ricas quadrillas de señores de título, y de noche muchas máscaras á caballo con sus hachas y otras fiestas; pero Su Magestad las escusó, así por no mezclar lo divino con lo profano, como por otras justas consideraciones de que alguna gente mas moça que religiosa tuvo algun disgusto.» Sin embargo, los *taurífílos* se salieron con la suya, pues los toros se corrieron el día 4 de Mayo, mediante el necesario permiso.

Fuentes de conocimiento para la traslación del cuerpo de Santa Leocadia á Toledo:

Vida, martyrio, y Translación de la gloriosa Virgen, y Martyr santa Leocadia. Que escribió el Padre Miquel Hernandez de la Compañía de Jesus, con la relacion, de lo que pasó en la vitima Translación, que se hizo de las santas Reliquias de Flandes á Toledo. (Toledo, Pedro Rodriguez, 1591), 8.^o, 395 folios y tres más de tabla.—Es obra rara, de cuyo autor se dió noticia en la nota antecedente.

Historia moral y philosophica. En que se tratan las vidas de doze Philosophos, y Principes anti-guos... por el maestro Pero Sánchez. (Toledo, 1590.) Fols. 182 á 189 v.^{to}

El autor, que era racionero de la Catedral, fué testigo de vista de la entrada de los sagrados restos en la ciudad. Su narración es muy completa é interesante y trata con gran extensión del asunto, desde las negociaciones para la traída de las reliquias hasta las ceremonias y fiestas celebradas en Toledo.

Memorias de Garibay, en el tomo VII del *Memorial histórico español*. Libro III, titulos XX y XXIV, y lib. V, tit. V.

Descripción de la imperial ciudad de Toledo... con la historia de Sancta Leocadia... por el Doctor Francisco de Pisa. (Toledo, Diego Rodriguez, 1617.) Libro II, capit. XII, y la historia de la Santa en diez capitulos, que figura al fin del volumen.

Felipe segundo, Rey de España, por Luis Cabrera de Córdoba. Tomo III. (Madrid, 1877.) Lib. I, capitulo XI, y lib. III, cap. II.

Monarquía de España, por Pedro Salazar de Mendoza. (Madrid, 1770.) Tomo II, lib. V. cap. IX, página 130.

Primacia de la santa iglesia de Toledo, por D. Diego de Castejón y Fonseca. Tomo II, págs. 1146 á 1151. Relación breve, tomada en gran parte de la del P. Hernández.

Sagrario de Toledo. Poema heroico, por el Maestro Joseph de Valdiuielso. (Madrid, Luis Sánchez, 1616.) En el libro 13, al fol. 231 hay una descripción poética de la entrada en Toledo del cuerpo de Santa Leocadia.

Historia episcopal y real de España. En la qual se trata de los Arzobispos de Toledo, y Reyes que han gobernado á España debaxo de su Primado... por el licenciado Balthasar Porreño... Ms. en la Biblioteca capitular de la santa iglesia de Toledo. En la biografía del Cardenal Quiroga (vol. II) hay un largo discurso acerca del traslado y recepción del cuerpo de Santa Leocadia.

Historia de Felipe III, por el maestro Gil González Dávila. (Madrid, 1771.) Lib. I, cap. VII, página 18.

Santos de la Imperial ciudad de Toledo, por el P. Antonio de Quintanadueñas, págs. 487 á 491. Este autor sigue de cerca la narración del P. Hernández.